

DOSIER / LIMINAR

Filosofía de la antigüedad

Philosophy
of antiquity

Paula Arizmendi Mar

Coordinadora del Dossier

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA, CIUDAD DE MÉXICO

Tomado del psiquiatra Eugen Bleuler, el concepto de ambivalencia fue descrito por Sigmund Freud como aquella “presencia simultánea en la relación con un mismo objeto, de tendencias, actitudes y sentimientos opuestos, especialmente amor y odio”.¹ Esta disposición híbrida, en la cual convergen apegos positivos y negativos, paradójicos, siempre intensos, podría servirnos para el siglo XXI, cuando pensamos nuestro objeto de afecto más lejano y que, al mismo tiempo, parece habernos constituido indefectiblemente: lo antiguo, los clásicos, eso que amamos y odiamos, que nos conforma y, tal vez, nos irrita.

Suena escabroso reivindicar en la contemporaneidad a los griegos, dado que —dirán algunos de las más jóvenes generaciones— son tan archisabidos que ya no tienen nada que enseñarnos, han sido superados, nos asfixian. A la vez —también inquietante— estamos anclados en las raíces que ellos mismos construyeron, somos en parte *griegos*, en muchas ocasiones entendemos el mundo en su mismo sentido. Todo esto, como se intuye en nuestra actual ambivalencia, no puede sino ocasionar una desazón y una energía difícilmente conciliables: un cierto aborrecimiento y una devoción, un vínculo que nunca podemos cortar de tajo ni perpetuar tranquilamente.

Así, nuestras pretensiones sobre la filosofía antigua se vuelven de una oprobiosa extrañeza por lo inexactas: ¿decir algo nuevo de aquello tan viejo?, ¿despreciar, ni más ni menos, un camino ya manido, y desear ser absolutamente modernos?, ¿acometer una empresa que va más allá de nosotros, que han llevado a cabo otros, o que no ha podido hacer nadie? Para ello, posiblemente como un mecanismo más bien defensivo, tal vez como pura filosofía, ¿quién lo sabe?, resulta imprescindible readueñarse

¹ Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis, *Diccionario de Psicoanálisis* (Barcelona: Paidós, 1995), 20-22.

de los clásicos con una serie de estrategias discursivas que Barbara Cassin designa como “la instalación de horizontes de comprensibilidad”² en términos hermenéuticos. En ese mismo orden de ideas, cuando se dialogue con los griegos y hablemos de nosotros, en un mismo instante, estaremos en el momento en que más consciente ha sido la humanidad de su propio amor y odio. Eso, precisamente, es lo que se intenta iniciar en este dossier sobre filosofía antigua de la Revista de Filosofía de la Universidad Iberoamericana, una arrebatada reivindicación de los términos griegos. Comenzar a comprender sus palabras (*deiktikós, bios, atyphós, eris, pólemos*, por citar algunas) implica ir conociendo nuestros significantes también. En aparente alquimia, la estrategia de dirigirse hacia la Antigüedad sólo puede ir en la dirección de esto que somos nosotros, el verdadero motor de nuestro paradójico afecto.

En tal camino, este dossier apela a una trágica y a la vez potente reappropriación de los antiguos, ya que, como aseguraba Nietzsche, “nosotros somos los más desconocidos”.³ Los griegos serían lo familiar; nosotros, inexplorados, en consecuencia somos lo más idolatrado y lo realmente aborrecido. Mas, ¿cómo salir de este entramado tan absurdamente humano que nos ha constituido a lo largo de los tiempos? Por tal esperanza de exactitud, que anida al fondo de cada artículo, es que existe este dossier, que sencillamente indaga, insistimos, sobre los términos y los sentimientos que nos producen. Saber decir lo que sentimos. Eso es lo que hubiesen querido los antiguos; y, tal vez, nosotros.

² Barbara Cassin, *Nuestros griegos y sus modernos* (Buenos Aires: Manantial, 1998), 7.

³ Friedrich Nietzsche, *Genealogía de la moral* (Madrid: Alianza, 1997), 21.